

SERMON PARA EL DIA VEINTINUEVE.

(SÉTIMO DE LA NOVENA.)

En el tránsito de María Santísima se enseña lo que es la muerte, y cual debe ser la preparacion para ella.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Lcc. I.—49.

Un sentimiento noble, sublime, piadosísimo é inesplicable surge del corazón al meditar en la admirable vida de la Santísima Virgen María Madre de Dios, y Madre cariñosa de los hombres. Ese sentimiento de admiración y de respeto se ha reproducido en nuestras almas, A. H. M., tantas cuantas veces nos hemos detenido á pensar en los misterios de su vida durante este mes. Es que el Señor, que es todopoderoso, y cuyo nombre sobrepuja á toda santidad, ha hecho con María cosas grandes y maravillosas, como que le ha engrandecido con las mas singulares prerogativas, la ha otorgado las mayores preeminencias, la ha colmado de todas las virtudes: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Hoy volvemos á experimentar ese sentimiento, al que tantas enseñanzas acompañan para vuestro ejemplo y edificación, no recorriendo nuevas páginas de su elocuente y maravillosa vida sobre la tierra, sino registrando la última de

aquellas en que encontramos su preciosa muerte. Vamos en este día á asistir al tránsito glorioso de la Virgen del cielo nuestra benditísima y amada Madre; porque también María había de dejar el país del destierro, el valle de los dolores y de las incesantes lágrimas, el lugar de la peregrinación donde tanto ha sufrido, el teatro de sus eminentes y muy heroicas virtudes. «Hija de Adán sin ser heredera de su pecado ha dicho un orador, María no estaba comprendida en la condenación general; Ella muere, no como los demás mortales, de aquella muerte que es efecto de la ancianidad, ó de las enfermedades de la naturaleza, no de aquella muerte de maldición que jamás había merecido; sino de la muerte de amor y de caridad, la sola que no podía desmentir en Ella la dignidad de Madre de Dios Redentor. Toda vez que María ha suministrado á Jesús la naturaleza humana de que se ha revestido, Jesús la debe preservar intacta del golpe de la muerte ordinaria, de otra manera no hubiera podido llamarse, «Madre sin tacha:» *Mater intemerata.*

Pues bien; nosotros, A. M., hemos de morir también. A despecho de todas nuestras ilusiones, sin embargo de todos nuestros cálculos, sin que nos eviten el golpe fatal ni basten á evitarlo los talentos y la sabiduría, las riquezas y el poderío, la hermosura del cuerpo, ni aun la virtud del alma. Al fin desaparecerán de nuestra vista todas esas escenas de dolor ó de placer que nos ocupan durante nuestro paso de la cuna al sepulcro. Concluirán al fin esas amistades, ora culpables, ora licitas que nos entretienen en la tierra. Esos negocios, y esas empresas, y esas mil y mil ocupaciones de tan diversa índole que llaman tanto nuestra atención también terminarán y habremos de despedirnos de buen ó mal grado de nuestros deudos y de nuestros amigos, de nuestros hogares, y del pueblo que nos vió nacer, y del país en que vivimos.

¿Y hemos pensado hasta ahora en lo que es la muerte? y pensamos con seriedad en ese grande acontecimiento, térmi-

no de nuestra estancia sobre la tierra, que pondrá fin á todas las ilusiones y á todas las esperanzas en el mundo visible en que nos hallamos, para pasar al mundo invisible donde comienza y jamás termina una nueva vida? ¡Ah! que este pensamiento, si hasta aquí no lo ha sido, debe ser el objeto constante y preferente de nuestras meditaciones, sabiendo por el Apóstol, aunque bien alto nos lo dicen nuestras convicciones, que «aquí no tenemos ciudad permanente, sino que debemos buscar con el mayor anhelo, la que está por venir.» Por esto vamos hoy á meditar en el tránsito glorioso de nuestra Madre y amorosa María; y meditando en él debemos entrar dentro de nosotros mismos, para darnos cuenta de lo que hemos sido, de lo que actualmente somos, y de lo que hemos de ser despues que la muerte venga á visitarnos para decirnos que llegada ha sido la hora de abandonar esta vida para comenzar la vida futura; y para esta hora tan cierta en sí, como que no hay poder que la anticipe ni que la prolongue por un solo instante, pero muy incierta para nosotros, tanto que «no sabemos cuando vendrá el Hijo del hombre, debemos estar apercibidos porque á la hora que menos pensamos ha de venir.»

Conformándonos con estas verdades tan importantes como trascendentales, yo intento haceros ver: que en el tránsito de María Santísima nuestra Madre se nos enseña qué es la muerte; y sabiéndolo, como debemos prepararnos para ella. No contristaos, A. H. M., al oír el asunto que os propongo. El tránsito de María nuestra Señora es glorioso, y harto tiempo lo ha deseado porque es el término de su peregrinacion sobre la tierra. El Señor ha obrado con María cosas grandes durante su vida; grandes cosas obrará tambien en su muerte; y esta enseñanza nos hará entender que ese mismo Señor hace con nosotros cosas que debemos agradecer dejándonos el tiempo suficiente para que nos preparemos para la muerte: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Dios nuestro amantísimo Padrè y Señor illustre nuestras inteligencias para que comprendamos todo lo que de admirable entraña el tránsito de María, y nos sirva de leccion para nuestro tránsito de esta vida á la vida futura. Pidamos esta gracia por la intercesion de esta Señora.

AVE MARÍA.

«Breves son, los dias del hombre; en ti, Señor, está el número de sus meses; has establecido sus términos mas allá de los cuales no podrá pasar. Un árbol tiene esperanza; si fuese cortado de nuevo reverdece y brotan sus ramas. Mas el hombre despues que haya muerto, y despojado que sea y consumido ¿dime donde está?» morirá y muerto quedará para no vivir mas en este mundo: *ubi quæso est?* Así se expresa Job, A. H., haciéndonos entender la certidumbre de la muerte, de esa ley irrevocable establecida para todos los hombres: *statutum est hominibus semel mori*; de esa ley que viene á igualar al grande con el pequeño, al ignorante con el sábio, al monarca con el súbdito, al justo con el pecador, porque «una misma es para todos la entrada á la vida y semejante la salida:» *unus ergo introitus est omnibus ad vitam, et similis exitus*; de esa ley que no exceptua al niño que está lactando como ni al anciano decrepito encorbado hácia la tierra, porque todos, absolutamente «todos morimos, y nos deslizamos como el agua sobre la tierra, que no vuelve atrás:» *omnes morimur, et quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur*. Y sin embargo de la inflexibilidad de esa ley que nos alejará para siempre de esta tierra en que hemos nacido, se nos dice por el Eclesiastés que «el dia de la muerte es mejor, al menos para el justo, que el dia del nacimiento:» *melius est mortis die natiuitatis*; «porque sabe-

mos, dice San Pablo, que si nuestra casa terrestre, nuestro cuerpo corruptible, de esta morada fuese deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, este mismo cuerpo resucitado y glorioso, que durará siempre en los cielos:» *domum non manufactam, æternam in cælis*. ¿Qué es pues la muerte, A. H. M., despues de oir estos testimonios incontestables? Es el fin del tiempo presente, y el tránsito del tiempo á la eternidad, verdad importantísima que vamos á aprender en el glorioso tránsito de María Santísima nuestra Madre, en cuyo supremo acto el Señor todopoderoso obró con Ella cosas grandes: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

La Virgen Madre de Dios, como todos sabemos, habia vivido la vida envidiable de los santos, porque es la Reina de todos ellos; una vida exenta de temores y remordimientos; y sin embargo, esta vida no contentaba no podia contentar su noble y magnánimo corazón, porque sabia, mejor que San Pablo supo despues, que «mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor; nos hallamos en un camino de oscuridades y no podemos gozar de la vista clara de Dios, y queremos ausentarnos del cuerpo, y estar presentes al Señor» para verle cara á cara en el cielo: *et præsentem esse ad Dominum*. Así es que María, con mucha mas razon que Teresa de Jesus, abrasada en este deseo ardentísimo de ver al Amado de su alma en la morada de los goces sempiternos adónde lo habia visto subir desde el monte de las olivas, y contemplando la vida presente como un martirio continuado, decia: «Yo muero todos los dias porque no muero. ¡Ay! de mí, que mi destierro se prolonga demasiado! *heu mihi quia incolatus meus prolongatus est*. Mucho tiempo ha estado mi alma en tierra extranjera:» *multum incola fuit anima mea*.

El Señor nuestro Dios, que siempre amó tanto á su Madre Santísima, como que es su «carísima en las delicias» como la llama en los Cantares, ha recogido sus suspiros, ha acep-

tado sus deseos, y movido de verla sufrir tanto por el deseo ardentísimo que tiene en acabar su destierro, le anuncia por un ángel el dia y la hora de su tránsito, segun nos ha dicho Nicéforo en el libro II de su Historia. No es extraño este anuncio, cuando sabemos que el Príncipe de los apóstoles obtuvo la gracia de saber su muerte en el año antes que se verificase, pues nos dice: «estoy cierto que luego tengo de dejar mi tabernáculo, esto es, mi cuerpo, segun me lo ha dado á entender nuestro Señor Jesucristo:» *secundum quod et Dominus noster Jesus Christus significavit mihi*; y el apóstol San Pablo escribe á su discípulo Timoteo que sabia por revelacion que estaba cercana la hora de su muerte: *tempus resolutionis mee instat*. Esta nueva, que para nosotros miserables pecadores, hubiera sido un motivo de sorpresa y de honda afliccion, tal es nuestro apego al tiempo presente, es para la Santísima María la causa de un gozo inefable que no acertamos á comprender, espresado quizá con estas ó semejantes palabras de David, y que es el himno de su libertad: «Me he alegrado en la buena nueva que se me ha dado: *lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi*; iremos, si, iremos á la casa del Señor,» á la Jerusalem viviente de la gloria, al templo donde habita eternamente mi Dios y Salvador:» *in domum Domini ibimus*.

Llegado que ha sido el dia y la hora del glorioso tránsito de María no espereis, A. H. M., que los dolores de la enfermedad, que son los mensajeros y funestos precusores de la muerte, vengán á inquietar á nuestra Madre Santísima. ¡Ah! esos dolores que Dios por un efecto de su infinita misericordia suele enviar al hombre para advertirle que se prepare á recibir la muerte desprendiéndose de todo cuanto le rodea, no han sido necesarios en María porque siempre estuvo preparada para este trance supremo, y siempre tambien desligada completamente de las criaturas en todo aquello que pudiera quebrantar en lo mas mínimo la union íntima,

sagrada, perfectísima que tenía con su Dios. Además hay en la muerte angustias que afligen al pobre moribundo que las mas de las veces son efecto de la necesidad de abandonar los bienes, los honores, las comodidades, las esperanzas del tiempo presente, pudiendo decir nosotros en tal caso con el Eclesiástico: «¡Oh muerte, cuan amarga es tu memoria para un hombre que goza en medio de sus riquezas, y que todo le sale á medida de su deseo! *¡ó mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis!* Para María no existen esas angustias en la hora suprema, y no existen porque sus bienes, sus honores, sus esperanzas no están ligadas á esta vida de incesantes miserias; el amor de Dios ocupa todo su corazón; así es que en esa hora parece que repite estas palabras de la Esposa de los Cánticos: «Yo os conjuro, hijas de Jerusalem, almas dichosas que gozais de la vista de Dios, que le digais que yo desfallezco de amor, que yo suspiro, languidezco y muero por la impaciencia de verle y adorarle en el cielo en fuerza del amor veheméntísimo en que arde y se consume mi corazón: *ut nuntietis ei quia amore langueo.* De aquí inferimos lógicamente que la muerte no es solo el término del tiempo presente, es también el tránsito del tiempo á la eternidad; y bajo este segundo respecto, así como en el primero el Señor ha obrado con su Madre Santísima cosas grandes: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Así es en efecto, A. H.; el instante de la muerte nos hace pasar del tiempo á la eternidad, y nada hay mas grande, nada mas importante que este momento del que depende nada menos que nuestra dicha ó nuestra infelicidad eternas, porque la muerte nos hace entrar en un estado eterno. Por esto San Luis Gonzaga, este ángel humanado cuando se le hablaba de cualquier negocio, siempre decia estas palabras que debiéramos tener presente en toda ocasión: «¿de qué sirve eso para la eternidad?» *¿quid hoc ad aeternitatem?*

María, que había consagrado á Dios todos sus pensamientos, todos sus deseos, todos sus afectos, en la hora de su muerte no pronuncia una palabra, ni ejecuta un movimiento, ni dirige una mirada, ni exala un suspiro que no se refiera á Dios, y que no sea por aspirar á la gloria de Dios; porque esa hora solemne es el paso de la vida perecedera á la vida inmortal, del tiempo limitado y lleno de miserias á la eternidad infinita y colmada de bienaventuranza. Yo no dudo por lo tanto que María con mas fundamentos que el Rey David esclamase en esa hora: «Saca mi alma, Señor, de la prisión, de la cárcel de este cuerpo para alabar tu nombre; á mí me están aguardando los justos hasta que me recompenses:» *me expectant justí, donec retribuas mihi:* «¡Que amables son tus celestiales y eternos tabernáculos, Señor de los poderíos! Mi alma codicia, desfallece, y no puede resistir su ansioso anhelo por la casa eterna del Señor:» *concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* La muerte me franqueará el paso para ir á la casa del Señor; *in domum Domini ibimus.*

Ocupada nuestra Madre bendita de estos celestiales deseos en la hora próxima de su muerte, abrasada del divino amor, no ha vivido segun el parecer de San Bernardo sino por milagro, ni concluye sus dias sino por la cesacion de este milagro que consistia en que el cuerpo pudiese sostener los esfuerzos del divino amor. «Empero aproximábase la hora fatal, nos ha dicho un historiador de su vida; María estendió sus manos protectoras sobre los hijos que iba á dejar en la orfandad, sobre los apóstoles que providencialmente se habian reunido para presenciar la mas solemne escena, el tránsito de la Reina de los santos que es preciosísimo en la presencia de Dios, y levantando con serena majestad sus hermosos ojos hácia los astros, vió el cielo abierto, y al Hijo del hombre que en una nube luminosa descendia á recibirla en los confines de la eternidad. Á esta vision un matiz de rosa